

# Mar turbulento

La Romántica





**Christine Feehan**  
Mar turbulento  
*Las hermanas Drake VI*

Traducción de Raquel Duato García



 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Turbulent Sea*

- © Christine Feehan, 2008
- Publicado de acuerdo con Berkley Publishing Group, un sello de Penguin Books (EE. UU.) Inc.
- © por la traducción, Raquel Duato García, 2010
- © Editorial Planeta, S. A., 2010
- Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Vanessa Ho Fine Art Photography  
Fotografía de la autora: © Cassandra Young  
Primera edición en Colección Booket: mayo de 2010

Depósito legal: 12.931-2010  
ISBN: 978-84-08-09316-9  
Composición: Víctor Igual, S. A.  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Christine Feehan ha publicado más de treinta novelas, agrupadas en cuatro series. Su novela de debut, *El príncipe oscuro*, ganó tres de los nueve premios Paranormal Excellence Awards de literatura romántica en 1999. Desde entonces ha recibido numerosos galardones, incluidos siete premios PEARL, varias nominaciones a los premios RITA y un galardón al conjunto de su carrera otorgado por la revista *Romantic Times*. Sus obras, que han sido traducidas a numerosos idiomas y publicadas en todo tipo de formatos (incluido el *manga*), alcanzan regularmente los primeros puestos de las listas de libros más vendidos. En 2009 Booket publicó cuatro de los títulos de la serie *Las hermanas Drake: Magia en el viento, Nieve en la penumbra, Océanos de fuego y Mareas peligrosas*, saga que acabará de publicar a lo largo de 2010 con los títulos *Refugio de amor, Mar turbulento y Corrientes ocultas*.

Más información sobre la autora en: [www.christinefeehan.com](http://www.christinefeehan.com)



*Para mis padres, Mark y Nancy King,  
que nos enseñaron a todas a amar.*



## Agradecimientos

Como en cualquier otro libro, tengo que dar las gracias a muchas personas: a Domini Stottsberry, que llevó a cabo una gran investigación y trabajó muy duro para hacer este libro; a Cheryl Wilson, una amiga y escritora asombrosa, incluso en circunstancias estresantes. También le debo mucho a Rich Campbell, bajista del grupo America, que muy amablemente sacó tiempo de su apretada agenda para enseñarme cómo son las giras y la vida en la carretera. Si he cometido algún error, es sólo cosa mía, porque él estaba de gira y no pude verificarlo todo. Y en último lugar, pero no por ello menos importante, quería darle las gracias a Jeri Stahl, detective de policía retirado de Aurora, Colorado, actualmente asesor en Denver, que respondió pacientemente a todas mis preguntas y que analizó mis escenas con increíble lucidez.



## Mar turbulento

*La oscuridad en mi interior  
un secreto que me avergüenza.  
La luz que surge del resto  
se pierde en la marea.*

*Un rayo de luz, de magia  
me dejó marcada  
Deseo... necesito... ansío  
un amor que alcance mi alma*

*Como un mar turbulento que tira de mí.  
Me abogo en la pasión y el miedo.  
Lucho con todo lo que soy, seré y fui  
por lo que yo más quiero*

*Y lucho  
por lo que es correcto.  
Pero las sombras llegan  
y me pierdo en la noche.*

*Canto, lloro y grito en la oscuridad  
para cambiar un destino  
que nadie puede alterar.*

*Las olas chocan en mi corazón,  
les sigue la noche,  
desaparece la luz con el sol.*

*Como un mar turbulento  
que tira de mí.  
Me abogo sin remedio.*

SHEILA CLOVER ENGLISH



## Capítulo 1

Joley Drake se quedó mirando con una especie de terror enfermizo a la muchedumbre que se agolpaba en las puertas y vallas. Se le había olvidado cómo eran las fiestas o quizá simplemente había apartado el recuerdo de su mente. Las mujeres se pegaban a las ventanillas de los coches, se levantaban la camiseta y aplastaban los pechos desnudos contra los cristales tintados. Algunas agitaban tangas de varios colores en el aire. Empujaban el coche y tiraban de las manillas de las puertas, gritando. Joley dudaba que alguna de esas mujeres supiera quién estaba en el interior del vehículo, pero era evidente que estaban dispuestas a cualquier cosa por conseguir una invitación para entrar.

—Dios mío, Steve —se quejó a su conductor—, eso de sexo, drogas y rock and roll suena a topicazo, pero es cierto. —Incluso a sus propios oídos sonó hastiada.

La mirada de Steve Brinkley se encontró con la de ella en el espejo retrovisor.

—Hace años que no viene a este tipo de fiestas; ¿qué le ha hecho cambiar de opinión esta noche? La verdad es que me ha sorprendido recibir su llamada.

Ésa era una pregunta que Joley no deseaba responder, ni siquiera a sí misma, sobre todo a sí misma. Apoyó el frente en la palma de la mano.

—Hace mucho que me aparté de este mundo, dejé que



todo, excepto la música, desapareciera. No deseaba verme involucrada en él, pero ahora que estoy aquí, puede que me ponga a vomitar sin más. —Pretendía sonar despreocupada, como si estuviera de broma, pero era imposible ignorar los golpes en el capó y las manos intentando abrir las puertas.

Se sentía como un animal enjaulado. Era sorprendente la frecuencia con la que se sentía así. Y si la multitud hubiera sabido quién estaba dentro, habrían empezado a dismantelar el coche para llegar hasta ella. No le gustaba recordar esa parte de su vida. Esos primeros y embriagadores meses como megaestrella, cuando ella y el resto del grupo conseguían todo lo que deseaban, necesitaban o incluso se les pasaba por la cabeza. Eso había sido hacía mucho tiempo, un sueño hecho realidad que rápidamente se había convertido en una pesadilla que intentaba olvidar.

Incluso ella, que había nacido con un legado de dones, se había visto abrumada por la magnitud del triunfo, cuando se la trataba como a una estrella, o una diosa, cuando se le concedía cualquier capricho, deseaban verla en todas partes. Como muchas otras estrellas antes que ella, había caído en la trampa del egoísmo y había creído que se merecía que la trataran de un modo diferente.

El hecho de ser una Drake y de contar con unos dones especiales había evitado que consumiera cualquier sustancia tóxica para su cuerpo, pero su grupo no había sido tan afortunado. Ella había contemplado los resultados y más de una vez había hallado en una habitación de hotel cuerpos desnudos retorciéndose por todas partes, y drogas y alcohol circulando con profusión. Sus chicos, como ella los llamaba, eran más que amigos, casi como su familia, y los excesos con el alcohol y las drogas, y todas aquellas mujeres dispuestas a arrastrarse por tener una oportunidad de estar con un miembro de un grupo, de hacer



cualquier cosa por conseguirlo, casi habían destruido sus mentes y sus vidas.

La mayoría de los miembros del grupo perdieron a su familia por ese estilo de vida y Joley no tardó mucho tiempo en sentirse asqueada por todo aquello. De hecho, había decidido marcharse, dando la espalda a la música, al grupo, a la fama. Sin embargo, ellos sabían que había sido su voz lo que los había llevado hasta la cima y que sin ella el grupo se vendría abajo rápidamente. Así que, al final, su representante y compañeros del grupo la habían convencido de que establecerían reglas y las acatarían.

Joley sabía que no podía imponer sus deseos al grupo, pero sí podría marcar unas directrices con las que podría vivir. Nunca fingió que no tuviera una vena salvaje, pero eso no incluía sustancias ilegales ni orgías sexuales. Y, desde luego, tampoco incluía a chicos y chicas menores haciéndoles favores sexuales y emborrachándose con el grupo. Se acordaron las condiciones, y Joley rara vez acudía a fiestas que no se celebraran inmediatamente después de un concierto. Y nunca iba donde alguien pudiera proporcionar todas las cosas a las que ella tanto se oponía, hasta ese momento, hasta esa noche.

—¿Por qué crees que estas mujeres sienten la necesidad de acostarse con los miembros de un grupo musical? ¿Qué obtienen realmente con eso, Steve? —le preguntó a su chófer—. Porque no lo entiendo. Hacen cola para chupársela a los miembros del grupo e incluso a los técnicos de la gira. Realmente se ponen en fila en los vestíbulos con la esperanza de tener la oportunidad de hacerlo. Les da igual que ni siquiera sepan su nombre.

—No lo sé, Joley. La verdad es que no entiendo la mitad de las cosas que hace la gente.

Los guardias hicieron retroceder a la multitud para que el coche pudiera acercarse a las altas verjas de entrada de hierro forjado. Todos los guardias iban armados, y no

se trataba simplemente de las discretas pistolas típicas de la policía ocultas bajo las chaquetas. En ese caso, llevaban armas semiautomáticas apoyadas en sus fornidos brazos, totalmente a la vista, como si se tratara de una película de gánsteres. A Joley se le revolvió el estómago cuando observó a los guardias a través de los cristales tintados. Ésos no eran guardas de seguridad contratados, éstos iban muy en serio, todos ellos profesionales. No tenían expresiones de aburrimiento en sus rostros; llevaban máscaras y sus ojos se mantenían inexpresivos y fríos. Joley sabía que si alargaba un brazo y tocaba a uno de ellos, aunque sólo lo rozara, sentiría el frío de la muerte.

Su móvil empezó a sonar, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Lo abrió con una leve mueca de fastidio y respondió.

—Gloria, ya te he dicho que yo me encargo. Estoy yendo a por Logan en este momento. Me has sacado de la cama y te he dicho que lo haría, así que dame algo de tiempo y te lo llevaré hasta allí. —Sabía que sonaba de muy mal humor, pero motivos no le faltaban. Gloria Brady, la madre de Lucy Brady, aquella psicópata acosadora del demonio, la peor pesadilla de cualquier grupo hecha realidad, una vez más exigía hablar con su saxofonista, Logan Voight. Logan había tenido un breve encuentro con la hija de Gloria y había cometido el error de verla más de una vez, y ahora Lucy y su enloquecido comportamiento lo perseguirían eternamente.

Joley cerró el teléfono con fuerza y se lo metió en el bolsillo. Había empezado a pasearse por la habitación del hotel cuando había recibido la primera llamada desesperada de Gloria. Finalmente, se había aferrado a esa excusa y había hecho salir a su chófer en plena noche, mintiéndose a sí misma al pensar que iba a la fiesta para transmitir el mensaje a Logan y encargarse personalmente de que se hiciera cargo del problema. Sin embargo, ahora que esta-

ba allí, se dio cuenta de lo absolutamente estúpida que había sido. Otros podrían mirar a los guardias y sentir admiración por ellos; en cambio, ella los observaba y se preguntaba a cuántas personas habrían matado.

Joley dio un respingo, cuando uno de los guardias golpeó la ventanilla, indicándole que le dejara verla. Su conductor protestó, pero Joley bajó la ventanilla y miró al guardia para que pudiera identificarla visualmente. Percibió el inmediato destello de reconocimiento. Joley Drake, legendaria cantante conocida simplemente como *Joley*. Durante un breve momento, pensó que incluso podría pedirle un autógrafo, pero el hombre se recompuso y les indicó con la mano que siguieran adelante.

Sergei Nikitin la había estado invitando a sus fiestas durante meses, pero ella siempre ponía excusas para no ir. Sergei era un hombre rico que se movía en círculos exclusivos. Conocía a políticos y celebridades de todo tipo. Mantenía la imagen pública de un encantador hombre de negocios a quien le gustaba la buena vida y que se rodeaba de nombres muy conocidos, como estrellas de cine, pilotos de carreras, figuras del deporte, modelos, personajes públicos y, por supuesto, de los más famosos grupos de música.

Poca gente sabía que era considerado un mafioso ruso con un violento y sangriento pasado, y con una inclinación por hacer desaparecer a sus enemigos. La mayoría de aquellos que habían escuchado los rumores pensaban que eso sólo incrementaba su halo de misterio, porque parecía inconcebible que aquel hombre de negocios encantador, elegante y desenvuelto pudiera ordenar realmente que se llevaran a cabo asesinatos despiadados y sádicos para incrementar su ya abundante riqueza, inconcebible para todo el mundo excepto para los agentes de la ley y para Joley, gracias a su cuñado, que era sheriff.

—Para aquí —le indicó y aguardó hasta que Steve se

detuvo en el lateral del camino, aún lejos de la casa, antes de abrir la puerta. Sin embargo, se quedó inmóvil en el asiento, vacilante.

La fiesta estaba en pleno apogeo. La música retumbaba desde el interior, llenando el aire a su alrededor. Joley casi podía sentir cómo la casa se expandía y contraía con cada estruendo del bajo. Incluso las ventanas vibraban. Se quedó sentada en el coche con la puerta abierta y estudió la vivienda. Nikitin ya debía de saber que había llegado. Sus agentes de seguridad lo habrían comunicado por radio a la casa inmediatamente para que Nikitin pudiera estar listo para darle la bienvenida. Sería una victoria para él, si se le podía llamar así. Por fin. Joley Drake. Había estado persiguiéndola durante meses. Otra celebridad con la que podría ser fotografiado.

—¿Vas a bajar, Joley? —le preguntó Steve.

La joven se encontró con los ojos del conductor en el retrovisor e hizo una mueca.

—No lo sé. Quizá. ¿Te importa esperar, Steve? Me siento mal por haberte hecho salir esta noche.

—Para esto me pagas —la tranquilizó él—. Si quieres quedarte aquí sentada un rato, por mí no hay problema. Me sorprendió que quisieras venir —añadió con una nota de preocupación en la voz.

A ella también le había sorprendido, pero llevaba horas despierta, tumbada y mirando al techo hasta que le entraron ganas de gritar por la frustración. Rara vez dormía, era una insomne total y no podía hacer otra cosa que pasearse por la habitación del hotel. La desesperada llamada de Gloria suplicándole que encontrara a Logan había sido la excusa perfecta que necesitaba. La hija de Gloria estaba en el hospital a punto de dar a luz al bebé del saxofonista. Ya había llamado a los medios de comunicación y estaba montando una escena, amenazando con suicidarse si Logan no aparecía.



Joley se dijo a sí misma que había ido a la fiesta para asegurarse de que Logan sabía lo que hacía, para enviar abogados y seguridad, además de a su representante, pero podría haber hecho todo eso con una o dos llamadas. Lucy ya había accedido a entregarle el bebé a Logan y los documentos ya se habían preparado, pero todo el mundo sabía que aquella mujer no desaparecería tan fácilmente y que le montaría una escena tras otra.

Joley meneó la cabeza al tiempo que dirigía la atención a la propiedad de Nikitin. Había gente por todas partes. Daban vueltas por los prados y algunos se aseguraban de que la multitud los viera desde la verja. Unas cuantas estrellas jóvenes y algunos modelos masculinos en ciernes incluso firmaban autógrafos a través de éstas. Los gritos, las súplicas y las risas de borrachos eran casi tan fuertes como el estruendo de la música.

Cuando vio a Denny Simmons, su batería, caminando en la distancia con una rubia que no era su actual novia, se mordió el labio con fuerza. No quería saber si alguno de ellos engañaba a su pareja.

—Los hombres son perros, Steve. Por eso ya no salgo con ninguno. Perros de caza.

Suspiró mientras observaba a Simmons.

—Demasiados excesos, Joley. Ya sabes que beben demasiado y consumen drogas, y no tienen ni la más mínima idea de lo que están haciendo.

—Denny ya se ha divorciado una vez y actúa como si su novia fuera todo su mundo, pero míralo ahora. —Joley entornó los ojos cuando Denny se detuvo para besar a la chica, mientras le recorría los amplios pechos con las manos. La mujer le sacó la camisa de los pantalones y dirigió la mano a la cremallera—. Será cerdo. Me gusta realmente su novia, y tiene un hijo. Ahora nunca más volveré a ser capaz de mirarla a la cara.

Los hombres eran todos unos perros. No se podía



confiar en ninguno de ellos. Bueno, quizá en las parejas de sus hermanas, pero no en los hombres de los que Joley se enamoraba. Le gustaban duros y peligrosos y eso añadido a...

—No, perros no, Steve. Me gustan los perros y son fieles. Serpientes, ésa sería una palabra mejor para definir lo que son los hombres.

—Quizá no debería estar aquí.

A Joley no le gustó la compasión que percibió en su voz. El rápido ascenso de Joley a la fama los había llevado a esa situación, y ahora sus vidas eran poco más que carnaza para la prensa sensacionalista. Joley había intentado alejar a los otros miembros del grupo de la vida de excesos, pero le había resultado imposible cuando todo era tan fácil. Y los hombres como Sergei Nikitin sabían cómo usar la fama y la popularidad para conseguir lo que deseaban. Él proporcionaría las drogas y las mujeres, e incluso fotos para la prensa si eso favorecía a su propia causa. Y una vez clavaba sus garras en una persona...

—Los hombres pueden ser débiles —añadió Steve.

También podían serlo las mujeres, temió Joley. O, de otro modo, ella no estaría allí, arriesgándose a arruinar su vida. ¿Y para qué?

—Eso es sólo una excusa, Steve. Todo el mundo tiene opciones. Y todo el mundo debería saber lo que valen las personas que hay en su vida. Y los hombres deberían respetarse más a sí mismos y ser más honrados, en lugar de abusar de la gente que los ama.

La mirada de Steve se entornó y Joley apartó la vista del espejo. No pudo soportar ver el reconocimiento en sus ojos, o en los suyos propios, de que en realidad hablaba sobre sí misma. Qué hipócrita era por su parte condenar a Denny por tomar las decisiones erróneas cuando probablemente ella había ido hasta allí por el mismo motivo. Ni siquiera lograba obligarse a sí misma a admitir la

verdad, constreñida en su mente, mientras que fingía que lo hacía para ayudar a Logan a salvar a su hijo, cuando la verdadera razón era puramente egoísta.

Su cuerpo estaba en llamas. Ardiente. Ávido. Ultra-sensible. Sus pezones rozaban el sujetador de encaje lanzando rayos blancos que la atravesaban en zigzag directos hasta la entrepierna. Su cuerpo palpitaba lleno de vida, de necesidad, de deseo... Dios, cuánto lo deseaba. Se pasó una mano por el rostro para ocultar su expresión a Steve.

Un grupo de lo que parecían ser chicas adolescentes vestidas con ropas demasiado apretadas, demasiado maquilladas y luciendo tacones para hacerlas parecer mayores corrían por la acera hacia la puerta principal. Se reían en voz alta y tiraban de sus ropas, intentando dar la impresión de que ése era su lugar. Joley maldijo entre dientes al tiempo que los recuerdos se desbordaron de nuevo. Chicas jóvenes acostándose con miembros del grupo y técnicos. Grupis, intentando hacer cualquier cosa con alguien famoso. Drogas y alcohol para atenuar sus inhibiciones.

Al principio, había intentado evitarlo. Ahora sabía que no podría hacerlo. Lo que los demás hicieran era cosa de ellos. La única condición que había impuesto inflexiblemente era que cualquier grupi tenía que ser lo suficientemente mayor y esas chicas no lo parecían, pero también era cierto que ella se estaba haciendo mayor y últimamente le parecía que todo el mundo tenía trece años. Quizá simplemente estaba hastiada. Su representante y desde luego los chicos del grupo nunca incumplirían esa única prohibición, arriesgándose así a perderlo todo.

La oleada de excitación que la actuación le había producido, incluso el fuego que circulaba a toda velocidad por sus venas, desaparecieron y, de repente, se sintió cansada. Como si hubiera leído sus pensamientos, Steve ca-

rraspeó y se asomó por la ventana para ver mejor a las chicas.

—Te juro, Joley, que viendo a esas chicas me siento muy viejo. Por su aspecto deberían estar en casa jugando a muñecas.

—Yo también debo de ser muy vieja —asintió, observando cómo una de ellas se apartaba y corría hacia la esquina para esconderse detrás de unos arbustos. La chica sacó un móvil e hizo una llamada.

Le brillaban los ojos y no podía dejar de sonreír, su excitación por la oportunidad de relacionarse con los miembros del grupo y todas las celebridades en la fiesta era casi palpable. Era guapa. Joven. Incluso con el maquillaje no aparentaba más de catorce años. Tenía un aspecto inocente. Definitivamente necesitaba protección porque aquella pobre chica no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Joley empujó la puerta para abrirla aún más y sacó los pies del coche.

—Se supone que no podemos decirle a nadie que nos han dejado entrar —gritó una de las otras chicas—. Conseguirás que nos echen. Nos dijeron que no se lo contaríamos a nadie.

Joley miró a Steve.

—Eso no suena bien. Si alguien les dijo que no se lo contarán a nadie, tienen que ser menores.

La chica del móvil lo cerró apresuradamente y lo ocultó en su bolso.

—Le he dejado un mensaje a mi madre diciéndole que llegaré tarde —comentó y corrió hacia el resto del grupo.

Joley salió del coche, frunciendo el ceño. No permitiría que los miembros de su grupo, ni siquiera que los del equipo técnico ligaran con jóvenes adolescentes. Ésa era la única regla absoluta que el grupo había jurado que nunca incumpliría, y si alguno de ellos había invitado a unas adolescentes, quedaría despedido. Así de sencillo.

Joley lo dejaría antes que permitir que sucedieran ese tipo de cosas y ellos lo sabían. Lo había hecho una vez y se marcharía de nuevo. Sólo podía esperar que su equipo no tuviera ni idea de quién había sido invitado a esa fiesta. En cualquier caso, esas jovencitas tenían que marcharse de inmediato.

Dio un par de pasos hacia el grupo cuando una limusina con los cristales tintados se detuvo entre ella y las chicas. En el mismo instante en que Joley empezaba a rodear el vehículo, la puerta de la casa se abrió de par en par y varios hombres salieron. Joley reconoció a dos de los técnicos cuando éstos interceptaron a las niñas. Una sensación de alivio la inundó hasta que observó cómo uno de ellos se reía y rodeaba con el brazo a la chica que había hecho la llamada. La ira la embargó. Esa chica no podía tener más de catorce años. Él tenía que verlo.

—¡Dean! —Joley gritó su nombre. Estaba despedido. Si ella tenía alguna influencia en la industria, ese hombre no volvería a trabajar para nadie más en el mundo de la música.

Cuando Dean se dio la vuelta, la sonrisa se le borró del rostro. El otro técnico se giró a medias y dijo algo mientras se ponía la capucha del jersey para que no pudiera verlo bien. Las chicas dejaron de reírse al instante y corrieron para ocultarse tras una esquina de la casa. Los dos técnicos y otros dos hombres las siguieron, urgiéndolas a que corrieran más rápido.

Brian Rigger, su mejor amigo y el guitarrista principal, salió de la casa con el ceño fruncido. Miró a su alrededor como si estuviera un poco aburrido y, cuando la vio, esbozó una sonrisa a modo de bienvenida.

—¡Joley! ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo, Brian. He visto a Dean y a algunos amigos suyos con unas cuantas adolescentes. —Tenía que gritar para que se le oyera por encima del ruido de la mú-

sica y de la fiesta que se filtraba por la puerta abierta—. Se marcharon por allí. —Señaló con un dedo, al tiempo que intentaba rodear aquel coche tan absurdamente grande que se había detenido en diagonal frente a ella—. Y tengo que encontrar a Logan.

—No está aquí. Gloria llamó a Jerry para que llevara a Logan al hospital. Estaba algo alterada. Parece ser que se ha montado una buena. Logan se marchó con Jerry.

Joley suspiró. Tenía que haberme imaginado que Gloria habría llamado también al representante del grupo, Jerry St. Ives. La madre era tan psicópata como la hija, y nada parecía detenerla. Logan le había dado el número de móvil de Joley para usarlo en caso de emergencia. Desde luego Joley haría que le cambiaran de número inmediatamente.

—Bueno, espero que lleve a un abogado con él. —En realidad, no era en absoluto necesario que ella hubiera ido. Ahora ya ni siquiera tenía una excusa para estar allí—. Ve a buscar a las chicas, Brian, y deshazte de ellas.

—Está hecho —la tranquilizó Brian y salió a toda prisa en la dirección que le había indicado. Joley dio un paso para seguirlo, pero la puerta de la limusina se abrió, bloqueándole el camino. La joven dirigió una mirada de pánico a su chófer antes de recomponerse y lanzarle una mirada de puro y absoluto desprecio al hombre que salió del asiento posterior.

—Vaya, vaya, vaya. ¿No es éste el nuevo amiguito de Nikitin, el reverendo RJ? ¿O debería decir el depredador? Pensaba que ya estaría en la cárcel.

El corazón le latía con fuerza, tanta que temió sufrir un ataque de corazón. No deseaba retroceder o mostrar miedo, pero cuando sus guardaespaldas la rodearon, Joley se movió para colocar los pies en una mejor posición de defensa, levemente apoyados sobre la parte anterior de la planta. Mantuvo los hombros separados, uno más hacia

atrás, relajado. Se rodeó la cintura con un brazo en una pose despreocupada mientras que la otra mano la alzó hasta la barbilla donde podría usarla para bloquear cualquier puñetazo. Sabía que el más alto era el más violento. Ya la había golpeado en una ocasión, hacía semanas, y no lo perdió de vista.

RJ la fulminó con la mirada. Sin embargo, Joley se fijó en que tuvo que asegurarse de que sus hombres lo rodeaban. Vio cómo el reverendo apretaba los puños y el odio se hizo patente entre ellos. Joley había puesto en evidencia al reverendo ante la televisión nacional cuando le había hecho afirmar en directo que podría acabar con su comportamiento rebelde atándola, azotándola y acostándose con ella para expulsar a sus demonios. Los medios de comunicación habían emitido el vídeo una y otra vez durante semanas, y evidentemente RJ no lo había olvidado. Joley tampoco.

—Joley Drake. Zorra del diablo. Llevo mucho tiempo deseando hablar contigo.

Joley enarcó una ceja.

—¿Hablar? Dudo que esté pensando en hablar. A menos que se trate de escuchar el sonido de su propia voz. Usted y su pequeña manada de lobos van a la caza de mujeres, así que ni se le ocurra soltarme su estúpida charla sobre salvar almas. Resérvese eso para alguien que no sepa que es usted un enfermo pervertido.

El guardaespaldas más alto se acercó lo suficiente como para que Joley pudiera oler su colonia. Parecía absurdo que llevara algo con aroma a especias y que oliera bien.

—Putá.

Joley puso los ojos en blanco.

—¿No se te ocurre algo un poco más original?

—Vamos, Paul —intervino RJ en un tono tranquilizador—. Realmente deseo hablar con la señorita Drake. Ella

necesita nuestra comprensión. Tiene razón, Joley. Soy un hombre. Y mi cuerpo a menudo me traiciona, pero intento superar las debilidades de la carne. —Extendió los brazos para abarcar la casa—. La perversión y el libertinaje están presentes aquí y pretendo ayudar a aquellos que deseen escuchar.

—¿La gente realmente le cree? Está aquí por el sexo y las drogas, por nada más. Al menos, los demás no mienten al respecto.

—¿Es por eso por lo que está usted aquí?

La pregunta la cogió por sorpresa y Joley se estremeció por dentro, mientras mantenía su famosa sonrisa fija en el rostro. Posiblemente fingiera ante el resto del mundo que había ido para hacer una buena obra, pero ella sabía que no era así y la pregunta había dado demasiado cerca del blanco.

—No pienso entrar en su juego. —Miró por encima del hombro intentando localizar a las jovencitas, pero las había perdido de vista, al igual que a los técnicos y a Brian. Logan ya se había ido y no iba a azuzar al reverendo contra él porque, si descubría que la novia soltera de Logan estaba dando a luz, saldría volando hacia el hospital e intentaría conseguir titulares a costa del saxofonista.

—He oído que comentaba que había adolescentes por aquí. Si eso es cierto, quizá yo pueda ser de alguna ayuda. —RJ se acercó más a ella, invadiendo su espacio personal.

Joley debería haberse movido, debería haberse hecho a un lado para conseguir más espacio, pero el guardaespaldas más alto, Paul, le bloqueaba el paso. De repente, se encontró rodeada por un ajustado círculo.

—Suba al coche, Joley —le pidió RJ—. Podemos discutirlo sin todo este ruido. Si esas jóvenes necesitan ser salvadas, yo puedo hacerlo. Tiene que creer en mí. Un desliz sólo me hace humano. Deje que mi trayectoria hable por mí.

Había bajado un poco la voz y Joley reconoció esa famosa nota carismática que él podía darle a su tono. Estuvo a punto de reírse. Ella era una Drake, y su legado era la capacidad de cantar hechizos, el más poderoso don del sonido en el mundo. Si el reverendo quería enzarzarse en una batalla de sonidos, había escogido a la oponente equivocada.

—Supongo que todos somos humanos, RJ —asintió, bajando la voz hasta que le confirió una grave y sensual cadencia, una cadencia hecha que podía alterar los sentidos de un hombre. Joley percibió el estremecimiento del reverendo, sintió el creciente calor en el círculo de hombres y se dio cuenta de que estaba jugando con fuego. Paul se acercó aún más a ella, de forma que pudo sentir el roce de su muslo en la cadera.

*¿Eso ha sido una estupidez, Joley! ¿Acaso intentas que te violen o algo peor?*

Cuando la masculina voz se deslizó en su cabeza, zumbando con una especie de furia sexual, le dio un vuelco el corazón y se le revolvió el estómago levemente. No se atrevió a apartar la vista de los hombres que la rodeaban, pero muy a su pesar, sintió alivio y una absoluta alegría.

Al darse cuenta de que la puerta trasera de la limusina aún estaba abierta y que se encontraba a un paso de ella, intentó retroceder, salir del círculo, y alzó la mirada hacia Paul en el preciso instante en que el guardaespaldas le rodeó la cintura con el brazo. En su rostro se veía reflejada la determinación a meterla en el asiento trasero.

Joley se separó de su cuerpo con un giro, usando los codos como armas, e intentando despegarse unos centímetros para poder usar los pies. Si le lanzaba una patada en la rodilla con todo el peso de su cuerpo, podría derribarlo con facilidad.

Sin previo aviso, otro hombre se introdujo en el círculo. Se movió sin hacer el más mínimo ruido. Lo envolvía

una total y absoluta seguridad en sí mismo. Todo el mundo se quedó inmóvil, incluida Joley.

Y así sin más, la joven no pudo negar el verdadero motivo por el que había ido en persona en lugar de hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Era por él por quien había ido. Ilya Prakenskii. Guardaespaldas ruso de Sergei Nikitin. Un hombre peligroso con un pasado turbio, la muerte en los ojos, y un extraño y volátil atractivo que hacía vibrar todos y cada uno de sus sentidos.

Esa expresión en su rostro. Ilya Prakenskii siempre mantenía el control, siempre permanecía sereno e inexpresivo. Sus ojos eran fríos como el hielo, y nunca, nunca había podido leer su mente como podía hacerlo con otros, a menos que él lo deseara, a menos que él se la abriera deliberadamente y le dejara captar pequeñas imágenes del verdadero hombre. Nunca le había visto enfadarse con nadie más que con ella. Tenía poder sobre él, quisiera o no admitirlo, y quizá eso era lo que lo enfurecía. Él la deseaba. Se veía en el ardor de su mirada, en el rictus de su boca, la ardiente lujuria con la que la observaba, pero sobre todo, en el contacto mente a mente. Había posesión y promesa, y un oscuro deseo que rayaba en la obsesión.

Él era la razón por la que no podía dormir. Él era la razón por la que sentía su cuerpo caliente y tenso. Se tragó el miedo y se quedó quieta, temerosa de que si se movía, si ese hombre la tocaba, no podría resistir la tentación de envolverlo con su propio cuerpo y estaría perdida para siempre.

—Paul. —Ilya pronunció el nombre del guardaespaldas en voz baja, pero su tono era tan cortante como la afilada hoja de un cuchillo—. Te aconsejo que le quites las manos de encima.

—Veo que has venido a salvar al caprichito de tu jefe —comentó Paul.

A pesar de su bravuconería, a Joley le pareció significa-

tivo que no sólo Paul se alejara de ella, sino que todos los demás hombres hicieran lo mismo, incluido RJ.

—Me ha enviado para salvarte a ti —le corrigió Ilya—. Que una chica te patee el culo puede ser incómodo, sobre todo con tanta gente mirando. —Cogió a Joley de la muñeca y tiró de ella hasta que se colocó junto a él. Sin embargo, en lugar de rodearle los hombros con un brazo, le hizo dar un paso hacia atrás para colocarla detrás de él y así poder proteger su cuerpo en caso de que fuera necesario—. Sergei te está esperando, RJ.

—Él es el Reverendo —le corrigió Paul—. Todo el mundo le llama reverendo.

Ilya se limitó a mirar fijamente a aquel hombre hasta que éste empezó a guiar a RJ y a los otros por el camino hacia la casa.

En el silencio que se instaló entre ellos, Joley temió que Ilya pudiera escuchar los latidos de su corazón. Intentó no fijarse en la amplitud de sus hombros, o los increíbles músculos en su pecho. Su fuerza no se hacía evidente hasta que te acercabas a él, pero más que su físico, más que su cuerpo masculino perfecto y su duro rostro que cortaba la respiración, ella se sentía atraída por su fuerza mental y su intelecto.

Todo el mundo cedía ante Joley. Todo el mundo deseaba complacerla. Era fuerte, inteligente, famosa, rica y tenía el don del sonido. Además de todo eso, era hermosa, tenía una piel de satén, ojos seductores, y un cuerpo sexy y lleno de curvas. También era testaruda y le gustaba hacer las cosas a su modo. Podía leer la mente de la gente, excepto la de Ilya. Él era tan inteligente y fuerte como ella. Contaba con todos y cada uno de los dones especiales que su familia tenía, todos bien desarrollados. Aparte de eso, era el hombre más atractivo del mundo y Joley estaba fascinada por él.

—¿Problemas? —Su mirada siguió a los hombres an-

tes de dirigir toda su atención hacia ella. Aquellos ojos azules como el hielo recorrieron de un modo posesivo su rostro y descendieron por su cuerpo, acariciando los pechos, deslizándose por la curva de las caderas y bajando por las piernas con un largo y concienzudo examen que debería haberle parecido grosero, pero que, por el contrario, hizo que su pulso se acelerara vertiginosamente.

Todo su cuerpo reaccionó con un abrasador calor. Sintió cómo se humedecía. Incluso su respiración se aceleró, haciendo que sus pechos subieran y bajaran de una manera ostentosa. Se ruborizó. Él sabía lo que provocaba en ella.

El ruso le dio la vuelta a su mano, la mano que había señalado con una especie de hechizo meses atrás, la mano marcada con su contacto, su aroma, la mano que la distinguía como suya. Había sucedido muy de prisa, en un pequeño local en la tierra natal de Joley. Ella estaba bailando y lo vio entrar con su jefe. Incluso entonces, apenas pudo respirar cuando se fijó en él. Y ahora, gracias a la pequeña marca psíquica con la que la había señalado, Joley siempre podía sentir dónde estaba él, y cuánto la ansiaba su cuerpo. La palma de su mano, la marca del ruso, le escocía. Y nada parecía aliviar ese escozor, a excepción de la presencia cercana de Ilya.

Su orgullo le exigió que se apartara de él, pero cuando Ilya movió la yema del pulgar trazando un delicioso dibujo sobre la palma, Joley sintió cómo cada caricia zumbaba en su riego sanguíneo. El útero se le contrajo y sintió el flujo de calor líquido suplicando darle la bienvenida en lo más profundo de su ser, donde ya parecía vivir.

—Hay que reconocerlo, Joley, tu chófer y guardaespaldas me parece un poco inútil. —Lanzó una mirada de desprecio a Steve, que seguía en el coche, y tiró de su mano hasta que Joley le siguió, alejándose del resplandor de los focos y adentrándose en las sombras, donde los pe-

riodistas no podrían darse cuenta de que Joley Drake había acudido a la fiesta de Nikitin.

—Tienes que mantenerte alejada del reverendo y de su baboso grupo de matones, Joley —añadió—. Pueden hacerte mucho daño.

—Lo sé. —Lo sabía. Y deseaba que le soltara la mano, porque si seguía con eso, iba a desnudarse y a echarse en sus brazos, y nunca se lo perdonaría.

—Tendría que matarlos. Sabes que lo haría. Así que mantente alejada de ellos.

—Nunca nadie está obligado a matar a otra persona. —Deseaba llorar, o gritar de pura frustración. Hablaba con tanta naturalidad, como si matar pudiera resolver los problemas del mundo en lugar de ser realmente el problema.

—Eres una ingenua si piensas eso, Joley —le dijo con suavidad y se llevó su mano a la boca. Sus labios eran firmes y fríos. Su boca, caliente y húmeda. Le mordisqueó las puntas de los dedos.

Ilya sabía lo que le estaba haciendo. Tenía que saberlo. Y también tenía que saber que había ido hasta allí para verle. Joley tiró con poco entusiasmo de su mano, pero el ruso se limitó a cogerla con más fuerza, y Joley lo dejó hacer. Era imposible salvar su dignidad.

—¿Por qué no me dejas disfrutar de algo de paz?

—Sabes por qué. Me perteneces y no estoy dispuesto a renunciar a ti porque tengas miedo.

Joley sintió la primera ráfaga de ardiente ira.

—No te tengo miedo. No me gusta quién eres ni para quién trabajas, que es diferente.

—¿Lo es? —Ilya sonrió al tiempo que le rozaba las yemas de los dedos con los dientes, provocando que unas llamaradas de fuego atravesaran su flujo sanguíneo y chisporrotearan en todas sus terminaciones nerviosas.

Joley tiró, logró liberar la mano y se la frotó contra el muslo.

—Sabes que sí. No voy a negar que me siento físicamente atraída por ti, pero tengo cierta debilidad por los gilipollas. No me preguntes por qué, pero llevo estampado en la frente un cartel en el que pone «sólo perdedores». Tú eres el tipo de hombre que deseo evitar.

Ilya curvó la palma de su mano alrededor de la garganta de Joley, una caricia delicada y, sin embargo, fue como si una llama ardiera contra su piel desnuda. Una leve sonrisa se dibujó en la boca del ruso y volvió sus ojos de un azul oscuro.

—¿De verdad lo soy? —La sonrisa había desaparecido, haciéndole parecer más letal que nunca.

Joley se tragó el repentino nudo de miedo antes de ahogarse con él. Ilya le deslizó el pulgar por el cuello en la más leve de las caricias, provocando con ese gesto que un estremecimiento le recorriera la espina dorsal. Sexualmente, Joley era muy sensible a él. Sospechaba que el ruso le había lanzado un hechizo, pero cuando la tocaba, no podía encontrar ninguna evidencia de ello. A menudo le susurraba por la noche, urgiéndola a que acudiera a él. Y lo deseaba noche y día. Incluso sus canciones empezaban a reflejar el deseo que sentía por él.

De hecho, había ido hasta allí con la pretensión de acostarse con él, para acabar con todo aquello de una vez por todas, pero ahora que estaba frente a ella, sabía que sería un terrible error. Sería suya, nunca se libraría de él, así que su única esperanza era aguantar y esperar que se le pasara aquella obsesión por él.

—Eres un asesino a sueldo. No es algo admirable. Es asqueroso. Te ganas la vida matando a gente.

—¿En serio?

Nunca alzaba la voz ni parecía ofenderse, ni siquiera cuando ella se comportaba de un modo grosero a propósito.

—¿Acaso no es cierto? —Estaba desesperada. Deses-

perada. Alguien tenía que salvarla de sí misma, porque ese hombre la tenía tan confundida que no podía pensar con claridad. Deseaba arañarle la cara, recorrer su cuerpo con las uñas, luchar por su libertad, y sin embargo, al mismo tiempo, lo ansiaba, lo necesitaba, deseaba envolver su cuerpo con el suyo y sentirlo en lo más profundo de su ser, poseyéndola, exigiéndola como suya. Casi gruñó de desesperación.

—Bésame, Joley.

El estómago se le revolvió violentamente. Su mirada se dirigió a la boca del ruso. Tenía unos labios increíbles. Muy definidos, muy masculinos. Si lo besaba, se metería en más problemas. De hecho, ya estaba metida hasta las cejas. Ilya Prakenskii, por su parte, exteriormente parecía tan sereno como si tuviera hielo en las venas, pero en su interior ardía como un volcán en activo. Todo él era calor fundido y turbulenta lava.

Se inclinó más y acercó sus labios a escasos centímetros de los de ella. Su cálido aliento le rozó el rostro. Olía a especias y a menta.

—Bésame. —Habló en voz baja, su tono suave, casi tierno. Los dedos de los pies se le empezaron a doblar.

Joley no supo si fue ella quien se movió para cubrir esos escasos centímetros o si lo hizo él. Sólo supo que la mano de Ilya se movió para acoplarse a su nuca y que su cuerpo se tornó suave y maleable, amoldándose a su silueta increíblemente dura. Y que su boca estaba sobre sus labios, unos labios firmes y fríos. El ruso le rozó y tiró del labio inferior y luego ya no los sintió fríos. El fuego se encendió.

Ilya tomó el control antes de que Joley pudiera pensar o respirar; las llamas ascendieron y la atravesaron, consumiéndola, apoderándose de ella por completo. Se entregó a él, rodeándolo con los brazos, deslizando una pierna alrededor de la de él para aliviar a su cuerpo de la terrible

tensión que aumentaba y aumentaba con la tormenta de fuego que la boca del ruso iba creando.

La cogió del pelo y la sujetó ahí fuerte e implacablemente, pero la intensidad del dolor sólo incrementó su deseo de acercarse más, de estrecharse contra él. Movi6 las caderas, deslizando su cuerpo íntimamente contra el muslo del ruso. Necesitaba, realmente necesitaba una liberación, un respiro de la continua presión sexual que nunca parecía ceder, porque, día y noche, su cuerpo ardía en llamas por ese hombre.

El calor de la boca de Ilya se extendió como llamardas que lamieran su piel. Se escuchó a sí misma gimiendo, y el ruso profundizó el beso, explorando su boca, tomando todo lo que le ofrecía y exigiendo más.

El mundo se alejó de Joley hasta que no quedó nada más que la fuerza y el duro cuerpo de Ilya y aquella vertiginosa tormenta de fuego fuera de control. Le dolían los pechos, los sentía inflamados y tiernos, las puntas estaban sensibles al rozar contra su torso. El punto donde se unían sus piernas estaba caliente y húmedo, y exigía una liberación. Joley se deslizó por su muslo, aplicando presión, buscando un alivio que sólo el cuerpo de aquel hombre podía darle.

—No. —Ilya apartó la boca de la de ella y sus dedos la soltaron de mala gana—. Así no. Cuando te entregues a mí, será por completo y para siempre. Esto es demasiado fácil.

Joley echó la cabeza hacia atrás y lo fulminó con la mirada.

—¿Me estás rechazando?

—No vamos a hacer esto, así no. Si deseas correrte, puedes venir a mi casa conmigo y meterte en mi cama, que es el lugar al que perteneces.

Joley estudió su implacable expresión, deseando pertenecerle, consciente de que él se apoderaría de ella y que no se vería capaz de vivir con lo que aquel hombre era y

con quién era. Acabaría odiándose a sí misma más de lo que ya se odiaba.

Pero él estaba rechazándola. Ella se había lanzado en sus brazos después de meses de soportar el constante asalto a sus sentidos. Había cedido, se había dejado llevar por su obsesión, un anhelo que él mismo había implantado y, sin embargo, la estaba rechazando. La humillación alimentó la furia. Respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás, alzando la barbilla.

—Bien. No te necesito. Puedo entrar ahí dentro y regresar a casa con el hombre que se me antoje.

Ilya escuchó la total seguridad en su voz y supo que simplemente estaba confirmándole la pura verdad. Su aspecto era apasionado, indomable, tan sexy que casi se le detuvo el corazón. Prácticamente echaba chispas por los ojos. Tenía el pelo revuelto y despeinado, como si ya le hubiera hecho el amor. Parecía rebelde e impredecible, y tan hermosa que le dolía mirarla.

Ilya volvió a cogerla de la muñeca y le dio la vuelta a la palma.

—¿Ves esto, Joley? —Su mano se deslizó sobre la palma, haciéndola estremecer de arriba abajo—. Me da igual lo que haya sucedido antes de que yo pusiera mi marca en ti, pero no te equivoques, desde que te hice esto, me perteneces y no se me da bien compartir con los demás. Haz lo que creas que tengas que hacer, pero tendrás que estar dispuesta a vivir con las consecuencias. Sólo quiero que sepas que vas a hacer que las cosas sean innecesariamente duras para ti.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —Su palma, la que estaba marcada por él, le escocía, deseosa de golpear los duros ángulos y líneas de su rostro. Él la había engañado con falsas esperanzas y luego la había rechazado—. No puedes dejarme así y luego advertirme que no puedo estar con nadie más. Vete al infierno.

—Necesitas un hombre con carácter. Necesitas a alguien que pueda refrenarte y controlar esa tendencia que tienes a actuar sin pensar. Alguien que no ceda a todos tus deseos

—Eso es tan machista. Como si yo no pudiera cuidar de mí misma. —Le lanzó un pequeño resoplido de desdén, furiosa con él—. Soy famosa, una mujer de éxito que ha viajado por todo el mundo, Prakenskii, y cuido conde-nadamente bien de mí.

El ruso meneó la cabeza.

—No lo haces y tú lo sabes. Todo el mundo piensa que eres dura, Joley, porque eso es lo que tú quieres que crean, pero no lo eres. Y eres demasiado impetuosa. Te precipi-tas y actúas sin pensar. El reverendo y esos guardaespaldas suyos que dejan tanto que desear son un perfecto ejemplo. ¿Qué pensaste que pasaría cuando le pusiste en evidencia por sus sórdidos delitos en la televisión nacional? Pretende vengarse de ti. Un hombre como ése no perdona ni olvida. Se toma la revancha.

—¿Y crees que necesito a un hombre que me proteja?

—Sí. Llámame machista cuanto quieras, pero al final, eso no cambiará la realidad. Huyes porque sabes que me necesitas y no quieres necesitar a nadie.

—¡Joley! —Brian gritó su nombre y ella se volvió. Denny, su batería, caminaba a su lado con aspecto culpable.

Joley se odió a sí misma en ese momento. Ella no era mejor que Denny. Había ido hasta allí en busca del sexo con un hombre que era un criminal de la peor clase. Y él la había rechazado, la había humillado, la había amenaza-do, y sin embargo, aún seguía en llamas por él. ¿Qué decía eso de ella? Joley se alejó de Ilya y corrió para encontrar-se con Brian y Denny. Había decidido escapar antes de hacer algo que no tuviera vuelta atrás.